

BASES

Este periódico continúa en la correspondencia de Cádiz, se publica diariamente repartiendo una edición a los obreros. Toda la correspondencia será enviada a nombre de su Director Oficinas: San Francisco 32 y Valenzuela.

LA INFORMACION

PERIODICO DE LA TARDE.

SUSCRIPCION

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50
Provincias, trimestre. 5'00
Número del día, 10 cts. Atarados 2'. Suplemento 5 cts.
Anuncios a precios módicos, con extensa circulación por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

EL ORGULLO

¡Atrevido y débil árbol que eleva sus ramas! ¡barquilla atrevida que parece desafiar las tempestades del Océano! mas sop'a furioso el vendabal; negros nubarrones empañan el azulado firmamento, cruza describiendo su quebrada línea el relámpago, retumba el trueno, y un momento después, ya no existe el árbol, sino tronchado y marchito y la barca ha desaparecido de la superficie de las aguas; no sucede esto a la secular encina, ni al buque que guía inteligente marino.

Pues bien; vemos este símil, pues en él está manifestada la vida del orgulloso.

Muchos poseídos del funesto vértigo que esta pasión produce, riendo débiles, pretenden desafiar al gigante; no pocos careciendo de la instrucción necesaria para conducirse ellos mismos, motejan al sabio a quien desearían hollar con sus pies.

¡Pero vano empeño! ¡jamás avecilla al guna logrará competir en su vuelo, con el águila candal, pues si lo intenta solo logrará elevarse unos cuantos metros de la superficie terrestre! Semejantes a estas necias é imprudentes avecillas, son los orgullosos; la ceguera les hace creer fuertes y capaces de remontarse a elevadas regiones. ¡Pero vano empeño! mientras el águila sube cada vez, y con ella los humildes; los orgullosos, se ven más humillados y distantes del águila con quien pensaban competir.

Si queremos gloria humillémosnos y la conseguiremos; no nos hagamos águilas, siendo pobres avecillas.

RABIA SECA

(CONCLUSIÓN)

¿Que madaba el tío Lucas a la ciudad por hormes buenas y de moda? ¡El tío Cosme mandaba en seguida por otras mejores, y más de moda! ¿Que el tío Lucas hacía una compra de cordobán, becerro ó charrol bueno? ¡El tío Cosme lo compraba en seguida mejor! Y así en todo lo demás. De tal modo la envidia espoleaba al tío Cosme y aguzaba su ingenio, que tenía dado encargo secreto en la ciudad a varias personas (a las que anualmente pagaba una cantidad por ello), de que apenas saliera una «moda nueva» en el arte zapateril, se lo avisaran inmediatamente para «secarla» él en el pueblo antes que el envidioso del tío Lucas, como llamaba a éste el tío Cosme, sólo por aquello de «piensa el ladrón que todos son de su condición»; pues en realidad el tío Lucas era un buen hombre que no tenía nada de envidioso.

Los dos caballeros más principales del pueblo se llamaban uno D. Juan López y otro D. Juan Martínez, y se calzaban, el primero en casa del tío Cosme y el segundo en casa del tío Lucas, con gran sentimiento del tío Cosme que hubiera deseado que D. Juan Martínez se hubiese calzado, como D. Juan López, en su zapatería, no precisamente por el benefi-

cio que esto hubiera causado al tío Lucas.

Se aproximaba cierto año la fiesta del Santo Patrono del pueblo, y cada uno de los citados caballeros encargó a su zapatero un par de botas de lo mejor y más elegante que pudiera hacer. El tío Cosme mandó en seguida a la ciudad por hormas de moda y materiales superiores, y en cuanto llegaron empezó a hacer las botas, trabajando con afán día y noche para acabarlas antes que el tío Lucas, y poniendo en la faena todas sus potencias y sentidos para hacerlas mejor que aqué: de las potencias, una la voluntad, aunque la aplicó por entero como las demás a trabajo, no pudo aplicarla peor, moralmente hablando, porque todo el deseo que el tío Cosme tenía de que las botas salieran perfectas no reconocía otra causa que la de sobrepujar y humillar al tío Lucas.

La víspera del día del Santo ya tenía el tío Cosme concluidas las botas, y la verdad sea dicha, muy bien tenían que estar las del tío Lucas, no digo yo para superar, sino para igualar siquiera a las del tío Cosme, porque mejores que las que éste hizo, no se presentan en Madrid en ningún escaparate.

Apenas las terminó las mandó de prisa y corriendo a su destino, temiendo que el tío Lucas terminara y enviara las suyas antes que él.

Deseando estaba el tío Cosme que amaneciese el día siguiente por verle a D. Juan Martínez las botas que le había hecho el tío Lucas: aunque las suyas habían salido muy bien, temía tanto que las del otro hubieran salido mejor, que casi casi estaba cierto de ello. ¡Qué rabia! ¡Que desesperación! ¡Que ansiedad porque llegara el día siguiente!

A las nueve de la mañana se dirigió el tío Cosme a la plaza del pueblo, en donde estaba situada la iglesia, y en la que los domingos se reunían los hombres un buen rato antes de que empezara la misa mayor. Desde lejos vió el tío Cosme a don Juan Martínez rodeado de un grupo numeroso que le miraba los pies haciendo demostraciones de admiración. ¡Sí...! No le cabía duda! ¡Estaban admirando y celebrando las botas que había hecho el tío Lucas, y que sin duda, sin duda estaban mejores que las que había hecho él a D. Juan López! El tío Cosme sintió que toda la sangre, ó mejor dicho, que toda la envidia se le revolvió en el cuerpo y le mordía en mitad del corazón...

—¡Vamos, tío Cosme, vea usted esto! ¡A ver si usted es capaz de hacer un par de botas como éstas que ha hecho el tío Lucas!—exclamaron abriéndole paso casi todos los del corro, con la piadosa intención de hacerle tregar quina, pues todos sabían que la envidia que tenía al tío Lucas le devoraba y le consumía.

El tío Cosme se acercó a don Juan Martínez, tropezando en los circunstancias, ciego de rabia y de envidia, y se fijó con ansiedad en las botas, poniéndose más pálido que un difunto. ¡Qué botas tan bien hechas, tan recabadas y tan perfectas! Las suyas estaban bien, sí, pero

aquellas estaban muchísimo mejor!... ¡Qué respuntes tan curiosos, qué punturas tan primorosas, qué hechura tan elegante!

—Sí... ¡No están mal!—exclamó el tío Cosme encogiéndose de hombros despreciativamente y reconcoméndose por dentro de despecho y de envidia. En aquel momento aborrecía de muerte al tío Lucas, y hubiera sido capaz de matarlo si hubiera podido.

—¿Qué es eso de no está mal?—gritaron a una todos los del corro.—¡Otra el que la a usted por dentro! ¡Lo que están es muy bien, muy bien, y en toda su vida es usted capaz de hacer unas botas como esas!

—¡Porque había encargado la horma a París!—gritó el tío Cosme lleno de rabia.

¡Por lo que sea! Ello es que usted no hace unas botas como esas,—contestaron los del corro volviendo a alabar las botas de don Juan Martínez con grandes ponderaciones para mortificar al tío Cosme, a quien la envidia había hecho pasar de pálido y verde.

Al cabo de un rato llegó al corro Toñuelo, el oficial del tío Cosme, que al observar las alabanzas que todos prodigaban a las botas, exclamó lleno de gozo, dirigiéndose a don Juan Martínez.

—¿Qué le gustan a usted? ¡Si ya lo decía yo, que ni en los Madriles hay quien trabaje como mi amo!

—¡Animal!—gritó hecho una furia el tío Cosme.—¿No sabes que esas botas no las he hecho yo? ¿No sabes que las ha hecho el tío Lucas?

—¿Conque no las ha hecho usted? ¿Conque no las llevé yo mismo ayer tarde a casa de don Juan?

—¿A casa de qué don Juan?—gritó el tío Cosme.

—¿A casa del señor!—replicó Toñuelo señalando a D. Juan Martínez.—¿Mo me dijo usted: «Toma estas botas y lívalas corriendo a casa de D. Juan?»

El tío Cosme lo comprendió todo entonces; la precipitación, hija del temor de que el tío Lucas terminara sus botas antes que él las suyas, no le dejó la tarde anterior decir a Toñuelo el apellido de D. Juan López, dando lugar a que el muchacho llevara las botas a casa de don Juan Martínez, que las recibió pensando que eran las que él había encargado al tío Lucas. Las botas, pues, que D. Juan Martínez tenía puestas, eran las que había hecho el tío Cosme, y éste, ciego de envidia no las había reconocido; había estado envidiando su propia obra, durante media hora!

Imposible fuera describir las burlas y chacotas que ocasionó este lance, que puso en ridículo al tío Cosme ante todo el pueblo y para toda su vida, dando lugar a que de allí en adelante no se le conociera más que por el mote de «El envidioso de sí mismo».

Huye, lector, como del fuego, de esa funesta pasión de la envidia; la más opuesta a la caridad que Dios manda

guardar en orden al prójimo: huye de esa pasión miserable, rastrera y ruin, la más impropia de corazones nobles, generosos y grandes; huye de esa desesperada «rabia seca», que abrasa y consume el cuerpo y el alma, y que lleva de crímenes la tierra y de réprobos el infierno.

TEOFILO NITRAM.

NOTICIAS DIVERSAS

Celebrán hoy sus días D. Luis Rubio y Sibello.

D. Mariano de la Orga, D. Mariano del Pobil, D. Mariano Muñoz, don Mariano Nicolau y D. Mariano Fernández Coello.

Mañana lo celebran:

D. Bernardo de la Calle, D. Bernardo Roldán, D. Bernardo F. de Arjona, don Bernardo Morales, presbítero; don Bernardo Berro, D. Bernardo Navarro y Cañizares; D. Bernardo Sánchez Otero, D. Bernardo Ruiz y Pérez de la Riva, D. Bernardo Colégan.

Navegación: Vapores correos de la Compañía Transatlántica.

El «P. de S. Tristegui» salió el sábado 17 de Tenerife para Cádiz.

El sábado cumplió el plazo en que correspondía pagar los intereses devengados por los Estados Unidos a consecuencia de la deuda contraída por nosotros en virtud de la guerra.

El ministro de Hacienda, en fuerza de la ley votada por las Cortes ha girado ya los tres millones que son necesarios para el pago.

Los tres millones en oro están en Wasington y han sido pagados extinguiéndose con ellos la deuda.

En Benadali (Málaga) ha sido observado un terremoto que sólo duró seis segundos.

Produjose el consiguiente pánico entre los vecinos. A consecuencia del fenómeno sísmico se han ocasionado algunos desperfectos materiales, pero sin que haya habido desgracias personales que lamentar.

El juez instructor de la causa que se instruye en Marsella con motivo del asesinato de Madame Levin ha interrogado nuevamente a los Gould, detenidos por sospechas los cuales, por fin, han confesado su delito.

Violeta con la culpa principal sobre su esposo.

Ha dicho que el día 4 de Agosto, a media tarde, se hallaban ella y su marido en casa, cuando llamaron a la puerta.

Salió el marido, ella oyó que hablaba con una mujer, a la que pasó al comedor, sintiendo al poco rato un grito de angustia, que la heló de terror.

Acudió inmediatamente a su marido que, manchado de sangre, tenía a sus pies el cadáver de Emma.

Le interrogó, espantada, y él le dijo

